

Estampa

El Coronel Martín Cerezo calla un instante, recogido en sus recuerdos.

—Ahora—dice, moviendo la cabeza—; ahora aquí, pacíficamente, tranquilamente, parece monstruoso todo eso... Pero allí no lo era, créalo usted... Allí sentía uno como un placer..., como un alivio, matando gente...

EL CAPITÁN GENERAL ENVÍA UN OFICIO.

—Esta salida, que nos permitió destruir las trincheras enemigas, incendiar el pueblo, recoger algunos víveres frescos y ventilar y limpiar la iglesia, nos dió algún respiro. Los enfermos, mejoraron, y algunos se restablecieron del todo.

Pronto volvieron los fugitivos, sin embargo, y otra vez nos encontramos sitiados. Y otra vez empezamos a recibir intimaciones para que nos rindiéramos, diciéndonos que Manila se había rendido, que las Filipinas ya no eran de España.

Era verdad. Pero nosotros creíamos que era mentira.

El día 14 de febrero de 1899 se acercó a nuestro refugio un hombre con una bandera blanca.

Salí yo a recibirle.

—¿Es usted—me preguntó—el capitán Las Morenas?

—No, señor. Soy uno de los oficiales del destacamento. ¿Qué se le ofrece?

—Soy el capitán D. Miguel Olmedo, y vengo de parte del señor Capitán general para hablar con el Sr. Las Morenas.

—El capitán Las Morenas no habla con nadie ni quiere recibir a nadie. Le han engañado ya muchas veces y se ha propuesto que no le vuelvan a engañar. Dígame usted lo que quiere y yo se lo diré.

A regañadientes, me entregó un oficio que traía.

Yo me fuí hacia dentro, como si le llevara al capitán el pliego; lo abrí, y lo leí.

Decía:

“Habiéndose firmado el Tratado de Paz entre España y los Estados Unidos y habiendo sido cedida la soberanía de estas Islas a la última citada nación, se servirá usted evacuar la plaza, trayéndose el armamento, municiones y las arcas del Tesoro, cediéndose a las instrucciones verbales que de mi orden le dará el capitán de Infantería D. Miguel Olmedo y Calvo.—Dios guarde a usted muchos años. Manila, 1 de febrero de 1899.—Diego de los Ríos.”

Y debajo:

“Señor comandante político-militar del Distrito del Príncipe, capitán de Infantería D. Enrique de las Morenas y Fossi.”

Yo no le concedí a aquello más crédito que a las noticias y actas de capitulación que ya nos habían transmitido los sitiadores... “Bah—me dije—. Una añagaza de esa gente”. Y despaché al que yo creía falso capitán Ol-

UN BARCO LLEGA.

Nosotros esperábamos que la salvación viniera por el mar. Confiábamos, no sabiendo que verdaderamente la guerra había acabado y que hacía meses que las Filipinas eran de los yanquis, que desde Manila viniera algún barco a recogerlos. Y nos pasábamos los días contemplando el Pacífico, a ver si allá a lo lejos aparecía el barco deseado...

Y un día, el día 11 de abril de 1899, apareció.

Por la tarde, poco después de las dos, oímos de pronto un cañonazo lejano... Y luego otro... Y luego otro... Hasta diez.

Los muchachos brincaban, locos de alegría.

—¡Una columna que viene a socorrernos!—gritaban.

Todo el resto de la tarde lo pasamos en acecho, esperando ver llegar de un momento a otro a la columna liberadora.

Se hizo de noche, y según estábamos rodeados de tinieblas, procurando hendirlas, con nuestros ojos ávidos, vimos nacer súbitamente en medio del Océano una claridad deslumbradora.

—Es un... un...—balbuceó alguien sin atreverse a concluir la frase, de miedo a engañarse.

Otra voz la acabó:

—¡Es un reflector! ¡Es un barco!—gritó.

¡Sí! ¡Era un barco! ¡Un barco que nos buscaba con su reflector en la tierra negra y hostil! ¡Un barco que venía a salvarnos!

Aquella noche nadie durmió en la iglesia de Balser. La pasamos apretujados los unos contra los otros, tendiendo los brazos hacia la luz amiga, la luz que tanteaba la oscura costa, buscándonos.

Al amanecer oímos un tiroteo muy vivo por la parte del mar.

No podíamos ver el combate. Pero nos lo figurábamos.

—Es el desembarco.

Cesó pronto el tiroteo y durante unas horas hubo un gran silencio. ¿Qué pasaba?

Esperábamos, esperábamos ansiosamente...

A la tarde los cañones del barco empezaron a disparar. Los estampidos hacían temblar la iglesia... Veíamos a los tagalos correr campo adelante, cargados con sus petates.

Pasó un rato y cesó el bombardeo. “Ya están deshechos los tagalos”, pensamos todos. Y mandé a mi gente que se abocase a las aspilleras y que hiciese tres descar-

gas seguidas para dar a entender al barco que aun vivíamos, que aun nos defendíamos... Pero nuestros disparos se perdieron en el aire sin que del barco respondieran...

Anochece... Los soldados subidos en lo alto de la torre hicieron señales con luces... Nada. No nos contestaban...

A las cuatro de la madrugada se apagó el reflector, el vapor se puso en marcha y sus luces se perdieron de vista, tras la Punta del Encanto, camino de Manila... Se iba...

—Aquel vapor—sigue diciendo el coronel Martín Cerezo—era el cañonero norteamericano “Yorktown”, enviado por el Gobierno de los Estados Unidos para rescatarnos. Un oficial con catorce hombres y una ametralladora desembarcó, pero los tagalos se echaron sobre ellos y los exterminaron. Y el barco, en vista de ese contratiempo, se había marchado, después de bombardear a los insurrectos.



—«El vapor se puso en marcha y sus luces se perdieron de vista tras la Punta del Encanto...»

EL ÚLTIMO COMBATE.

—Y seguimos resistiendo, a la desesperada... Ya apenas comíamos. Nos alimentábamos, si se puede decir así, con una especie de cataplasma hecha con hojas de calabacera y algunas sardinas de lata podridas... Algo de carne a veces: algún perro, algún gato, reptiles, cuervos...

Pero peleábamos aún. Una noche se acercó un grupo de sitiadores a abrir agujeros en nuestro asilo, para impedirnos tomar agua de un pozo que había yo hecho al principio del sitio y que nos surtía bien. Nos apercebimos, y, a la mañana, cerramos las brechas y a los que andaban pegados al muro intentando volver a abrirlas les rociamos con agua hirviendo, los cazamos a tiros de revólver... Se oía chirriar las carnes de aquellos indios al caer sobre ellas el agua abrasadora... Gemían como ratas... Pedían clemencia...

—¿Qué, está demasiado caliente el café?—les gritábamos con una alegría feroz.

Uno, herido de un balazo, lloraba. Y un soldado le preguntaba al través de la tapia:

—¿Qué te pasa a ti, monín? ¿Te hemos hecho pupa?

¿Estás tú malito?

Diez y siete sitiadores quedaron allí muertos, junto al muro de la iglesia.

OTRO ENVIADO DE MANILA.

Una hora después de este combate nos pidieron parlamento desde las trincheras enemigas, enarbolando una bandera española. Y avanzó hacia la iglesia un señor con el uniforme de teniente coronel de Estado Mayor de nuestro Ejército: el teniente coronel don Cristóbal Aguilar y Castañeda, comisionado por el general don Diego de los Ríos para recoger el destacamento, según me dijo:

Yo no le oculté que no le creía.

—Puedo enseñarle mis documentos...—me ofreció sacando un gran sobre.

Me encogí de hombros.

—Traigo—me dijo entonces—un vapor para llevarlos a ustedes a Manila. ¿Si pasa por la parte del mar que ven ustedes desde la torre y hace la señal que usted me indique, me creará?

—Bueno—concedí—. Que pase y que dispare dos cañonazos hacia la sierra...

—Se hará—aseguró el supuesto teniente coronel.

Y en efecto: al día siguiente, 30 de mayo, el vapor pasó y disparó dos cañonazos.

Pero ni aun así creíamos que aquel señor fuera de verdad teniente coronel de nuestro Ejército. El vapor nos pareció un lanchón disfrazado y el supuesto teniente coronel un tagalo o un desertor. Así que cuando a la

tarde se presentó otra vez lo despaché sin miramientos como al capitán Olmedo.

—Pero si este territorio ya no es nuestro...—me decía—. Si ya está hecha la paz...

—Bueno, pues si está hecha la paz, que se retire esa gente.

—¡Es una locura!... ¡Es una barbaridad!...

—¡Psch!...

El señor Aguilar me consideraba perplejo.

—Y si viniera el general Ríos, ¿le haría usted caso?—me preguntó por último.

—Sí. A él, sí.

Se fué, dejando en el suelo un paquete de periódicos. Viéndole alejarse, un soldado que estaba junto a mí se echó el fusil a la cara.

—¿Quiere usted que lo mate, mi teniente?

LA CAPITULACIÓN.

Allí, en aquel paquete de periódicos que nos dejó el teniente coronel Aguilar, estaba el desenlace del drama.

De momento creímos que los periódicos, como el vapor, como el teniente coronel—¡como todo lo que nos llegaba de fuera!—, eran falsificaciones... Había una porción de “El Imparcial”, de “El Imparcial” de aquí, de Madrid, en los que se hablaba de la pérdida de las colonias, de la repatriación...

Examinándolos, nos sonreíamos desdeñosamente. —Es “El Imparcial” falsificado por estos indios para engañarnos...

Como no teníamos ya víveres para sostenernos, estábamos decididos a escapar, aprovechando la noche, hacia el bosque, para esperar allí socorros de España. Y ya me ocupaba en ultimar la expedición; faltaban ya sólo unas horas para que la emprendiéramos, cuando, repasando una vez más los números de “El Imparcial”, encontré en uno de ellos una noticia... Era una noticia brevísima, escondida en un rincón del periódico... Una noticia que para nadie más que para mí tenía importancia.

“El segundo teniente de la Escala de Reserva de Infantería, don Francisco Díaz Navarro—decía el periódico—, pasa destinado a Málaga.”

Aquel oficial era íntimo amigo mío. Habíamos sido compañeros en el Regimiento de Borbón. Le correspondió ir a Cuba, y sabía que al concluir la campaña pensaba pedir que lo destinaran a Málaga, donde vivían su familia y su novia.

Pero esto no lo podían saber los tagalos... Aquella noticia al menos no era una falsificación...

Y si esa noticia no era falsa, no era falso el periódico... Era efectivamente “El Imparcial”, “El Imparcial” de Madrid... Y lo que contaba... La pérdida de las colonias, era verdad... ¡Las Filipinas ya no eran nuestras!... ¡Aquel pedazo de tierra que tan obstinadamente defendíamos no era nuestro!...

¿A qué seguir peleando entonces?

El coronel Martín Cerezo hace una larga pausa.

—Tocamos—dice al cabo de un rato—llamada; enarbolamos bandera blanca; vino el jefe de los sitiadores y hablamos... Me ofreció que conserváramos las armas... Que yo pusiese las condiciones de capitulación que quisiera... Extendí el acta... La firmamos... Y el 2 de junio de 1899 salimos de la iglesia de Balser. Habíamos resistido en ella trescientos treinta y siete días.

VICENTE SANCHEZ-OCANA

PEPITAS Y PEPES

LA FABRICA
ESCOSURA

tiene el mejor surtido y más nuevo en bolsos de todas clases, petacas, carteras, carpetas, estuches, joyeros, manicures, malletas, sacos-neceseres y toda clase de artículos de piel y viaje a precios como nadie.

COMPRAD, Y OS
CONVENCEREIS

ARENAL, 21 (ESQUINA A FUENTES).
TELEFONO 14.916.